Movilización policiaca durante las protestas encabezadas por las huelgas de trabajadores de la carne en Montevideo, Uruguay, en 1966 [Foto:*A.P.*]

Uruguay: Las sorpresas de la transición

Gonzalo Varela

I

Luego de once años de dictadura y de casi cuatro de tensas negociaciones, el proceso hacia la reinstalación de una democracia constitucional en Uruguay tuvo una dramática vuelta de tuerca en agosto pasado. En vísperas de una huelga general que sea auguraba tendría un éxito aplastante, sancionando la impotencia creciente del gobierno militar, se anunció en Montevido la aprobación de un pacto que regulará la transición nasta noviembre de 1985. La fórmula establece un mixto institucional que combina la existencia de autoridades electas por voto universal y secreto (en comicios que se realizarán el día 25 de noviembre de 1984) con un Acta que reglamenta aspectos básicos del funcionamiento estatal hasta noviembre de 1985, preservando fundamentales mecanismos de control en manos de los militares.[1] El "Informe del presidente del Frente Amplio" a los militantes[2], señala cuatro limitantes críticos en este sentido: a) el Consejo de Seguridad Nacional, virtual órgano de control colegiado del Poder Ejecutivo por los militares sigue existiendo, si bien en calidad de organismo asesor que se reunirá por convocatoria del presidente civil; b) el fuero de la justicia militar sigue alcanzando a los civiles, aunque con una modalidad un poco más restringida; c) el estado de excepción será levantado, pero pende la amenaza de un "estado de insurreción" que podría ser decretado por el Poder Ejecutivo con relativa facilidad y con pretextos más o menos fútiles; d) las designaciones de los mandos militares se dan de modo de permitir que el propio cuerpo castrense pueda influir en la determinación de las tendencias que

1-. El texto del acuerdo se publicó en periódicos de Montevideo.

2-. *Cf.* "Informe del presidente del Frente Amplio general Liber Seregni a los militantes", *Boletín del Centro de Prensa del frente amplio*, Montevideo, agosto de 1984.

predominarán en el mando de la institución armada, en un plazo más o menos largo.

Hasta aquí el documento guarda pocas sorpresas. Más alla de su formulación concreta, es evidente que los militares buscaban un compromiso con las fuerzas civiles desde hacía años y que la soledad del poder se acentuaba en una forma peligrosa en los últimos meses, alentada por las expectativas crecientes de la población, a medida que se acercaba la fecha del último domingo de noviembre de 1984, en que debían realizarse las elecciones. Pero el escenario natural del acuerdo debía ser, según todas las expectativas, el de un pacto entre la dictadura y los dos grandes partidos tradicionales (el Partido Nacional y el Partido Colorado) en desmedro de una izquierda (unida desde 1970 en el Frente Amplio) que permanecería proscripta y más o menos tolerada hasta tiempos mejores. La intransigencia del Partido Nacional al respecto, su negativa a todo acuerdo de transición con los militares, la demanda de que su líder en el exilio, Wilson Ferreira Aldunate, adversario acérrimo de los militares, fuera candidato a la presidencia en noviembre, produjo un bloqueo de la tentativa del gobierno. Simultáneamente se produjo un clima de creciente fricción entre los dos partidos mayoritarios. El Partido Colorado, a quien se deben grandes iniciativas de realización institucional en el Uruguay de este siglo (tanto las mejores como las peores) ante el temor de que la política de su rival condujera a una apertura descontrolada y también de que la candidatura de Ferreira Aldunate se tornara viable y triunfara, reincidió en una actitud de colaboración (nunca completamente abandonada) con la dictadura, a efectos de forzar una salida negociada. Dos hechos personales, pero de gran repercusión en los respectivos partidos, completaron el cuadro político en la primera mitad del año.

El general Líber Seregni, líder del Frente Amplio, fue liberado luego de ocho años de prisión; desde que pudo expresarse manifestó una voluntad de diálogo y una inclinación a la moderación. Wilson Ferreira Aldunate volvió al país luego de once años de ausencia y fue inmediatamente encarcelado; el Partido Nacional, de fuerte impronta caudillista, se vio por ello seriamente afectado.

Por tanto, a la hora de firmar el pacto, el presunto excluído había intercambiado insólitamente su puesto con uno de los invitados de honor: mientras el Partido Nacional insitía en la intransigencia, el Frente Amplio accedía a la negociación. Sin este acto y en ausencia de los nacionalistas, es muy presumible que esta no habría cuajado. Aparte de provocar resentimiento y alejamiento entre las dos principales fuerzas opositoras (Partido Nacional y Frente Amplio) la situación produjo un fuerte malestar entre los militantes y los partidos de la izquierda. Si la instalación de la dictadura en 1973 había sido precedida por una larga, ardua y aún cruenta batalla de la izquierda contra el estado de excepción, la extensión del fuero militar y la militarización del Estado, el final de ella parecía ahora anunciarse por la ratificación de un acuerdo que, siquiera de forma limitada, refrendaba todas estas instituciones *sui-generis*, pilares del gobierno castrense.

De hecho, aparte de pesar el enorme prestigio personal ganado por su sacrificio en prisión, Seregni debió jugar con la carta de la renuncia a la presidencia del Frente, para poder completar el consenso en sus filas. Para él (como lo expresó en el "Informe" citado) los inocultables puntos obscuros del pacto no opacaban dos avances fundamentales: la fórmula negociada era más favorable en términos generales a la oposición, de lo que habían sido todas las otras propuestas por los militares desde 1980; en segundo lugar, ella rige solamente hasta noviembre de 1985, cuando se plebiscitará una nueva constitución que presumiblemente alzaría todas las restricciones antidemocráticas. Además, por obra de este acuerdo, el Frente Amplio puede ya salir de su proscripción (aunque no por completo, pues quedan algunos partidos de izquierda en la ilegalidad) actuar con autonomía y presentar candidatos a todos los cargos (inclusive al de presidente) que se disputarán el próximo 25 de noviembre.

En todo caso, el Uruguay tiene ahora una "apertura controlada" gracias al suceso de la estrategia oficialista apoyada coyunturalmente por la izquierda, con exclusión del partido tradicional que más insistentemente presentó oposición al régimen dictatorial. Es evidente que en ello ha sido decisivo el papel individual de Líber Seregni. Por curiosa coincidencia, Seregni tiene por formación, vínculos estrechos con las dos principales fuerzas que hoy conducen la transición en Uruguay: fue colorado de la tendencia progresista batllista hasta 1970 y fue también un brillante militar de carrera, de sólidas convicciones constitucionalistas. Una óptica "sicologista" encontraría aquí una fácil explicación de su adhesión al pacto y de su enemis-

INSTITUTO DE CIENCIAS

tad con el Partido Nacional. Sin embargo, y sin perjuicio de tener presente estas dimensiones sicológicas tan importantes en todo hombre político, cabe hacer un esfuerzo por entender las razones más complejas que pueden haberle conducido, desde su posición de líder de un frente de toda la izquierda, a tomar esta difícil y polémica decisión.

II

El primer capítulo de la transición en Uruguay se cerró en noviembre de 1980: en forma inesperada para los militares, la ciudadanía rechazó el proyecto de constitución que se pretendía plebiscitar y que conduciría a la implantación de una "democracia" tutelada. El segundo fue dos años más tarde, en noviembre de 1982, cuando por disposición de la misma dictadura, y en un intento por reglamentar la actividad de los partidos tradicionales, se realizaron elecciones internas de los partidos Nacional y Colorado. En ambas triunfaron, con gran ventaja, las tendencias adversas a la dictadura. A la vez, el caudal de votos logrado por los partidos de Ferreira Aldunate permitió confirmar la previsión de que este se estaba constituyendo, desde el extranjero, en el líder con mayor arraigo popular, posible triunfador en una justa electoral realizada con las debidas garantías.

La izquierda proscripta exhortó en sus militantes concurrir a votar en blanco,[3] a efectos de señalar una presencia silenciosa pero no menos real en el panorama político. La decisión no fue tomada sin titubeos. En sentido opuesto a lo resuelto, existía la proposición de asegurar el triunfo de la oposición democrática, votado por la corriente de Ferreira Aldunate. La discusión en torno a las relaciones de la izquierda con el nacionalismo era siempre encendida, mientras funcionaba en el exilio la Convergencia Democrática del Uruguay, que reunía a personalidades del ferreirismo y de algunas tendencias de izquierda.

En noviembre de 1982, el relativamente exiguo voto en blanco hizo evidente el hecho de que, desobedeciendo la consigna, una buena parte del electorado de izquierda se había volcado en favor de la lista ACF, que representaba dentro del Partido Nacional a los seguidores de Wilson Ferreira. El hecho en sí no es llamativo, ni necesariamente achacable a la indisciplina de tal o cual cúpula partidista. Es posible afirmar que en Uruguay existe una cultura electoral sólida, largamente ejercitada en relación al promedio latinoamericano. En mayor o menor grado el elector pondera su voto y tiene lealtades definidas. La incidencia del acarreo sobre los resultados es mínima. No es raro pues, que en las condiciones de cerrazón política imperantes en 1982, con una izquierda débilmente organizada y con escasa presencia y posibilidad de comunicación, el elector frente-amplista se haya inclinado en muchos casos ante el argumento del "voto útil", que aconsejaba sufragar de modo de incidir positivamente en la relación de las fuerzas permitidas, antes que contentarse con la mera abstención, por más que esta pusiera el acento sobre la autonomía y la supervivencia de la izquierda como tal.

Desde la cárcel, Seregni analizó estas alternativas y el resultado de los comicios, en un breve escrito que circuló en forma clandestina y a ratos accidentada.[4] En él presentó puntos de vista muy significativos, más importantes incluso que los del "Informe" de agosto último, para comprender sus opciones luego de ser liberado.

El avance de los sectores opositores dentro de los partidos tradicionales es visto ahí positivamente, como una manifestación en contra de la dictadura y a favor de la restauración democrática. El triunfo de la corriente de Ferreira Aldunate se identifica con "el apoyo de la ciudadanía al sector identificado como más radicalmente opositor *y con mayores posibilidades, dentro de los autorizados*" (subrayado mío). Por lo demás, el texto conserva en este párrafo, como en casi todos los otros, una estilo seco, frío y distante, con algo de parte militar. No hay asomo de una consideración amistosa o expectante hacia el ferreirismo, en el mismo momento en que ciertos grupos de izquierda tentaban un acercamiento hacia él, aportando a la posibilidad de formar, en el futuro, un bloqueo progresivo sobre el que sentar un programa de reformas avanzadas en Uruguay.

La desobediencia de las bases del Frente es analizada sin contemplaciones: "Se ha producido una 'grieta' en la militancia frenteamplista, así como el desfibramiento de algunos sectores"; un "muy alto porcentaje de las bases del FA no aceptó la decisión de la dirección"; en el Frente existeron

3-. En los partidos tradicionales no existe afiliación rigurosa, por lo que cualquier ciudadano habilitado estaba autorizado a participar en sus elecciones internas.

4.-El texto fue publicado en México en *Cuadernos de Marcha*, Segunda época, año IV, Número 20.

"dos posiciones" y hubo "desinteligencias posteriores a la adopción de la decisión interna". Los votos de izquierda que "dentro de los PT (Partidos Tradicionales) colaboraron para el más amplio triunfo de los sectores progresistas y contribuyeron al desequilibrio de la balanza política interpartidaria, en favor del PN (Partido Nacional)", desde el punto de vista de la izquierda son vistos como fruto de una discordancia, unida a un peligroso estado de dispersión, incomunicación y desorganización que es urgente salvar. También se señala la existencia de "una masa muy importante de militantes que se defienden simplemente como 'frenteamplistas' independientes de cualquier partido o grupo" a los que significativamente se vincula a la campaña por el voto en blanco. Se reconoce implícitamente la legítima atracción que puede ejercer el ferreirismo sobre la masa frente-amplista, al recomendar, entre las medidas tendientes a "cerrar la 'grieta' (...) la realización de tareas unitarias o convergentes", adjetivo este último, reservado en el lenguaje de izquierda reciente, para calificar el acercamiento con el grupo de Ferreira Aldunate, quedando en cambio el término "unitario" para referirse a las relaciones entre organizaciones de izquierda.

Por otro lado, Seregni reitera "lo que habíamos dicho hace tiempo: *los integrantes de los partidos proscritos pueen definir -si se lo proponen-las elecciones de 1984"* (subrayado mío) por lo que hay que prevenir "maniobras divisionistas: desproscripción parcial, entre otras".

Recapitulemos, aún a riesgo de repetir, las ideas centrales de lo anterior, respecto a la relación entre Frente Amplio y ferreirismo: 1) la militancia frenteamplista que desobedeció la consigna contribuyó a hacer "más amplio" el triunfo de los sectores progresistas tradicionales, en primer lugar el de Ferreira Aldunate; 2) sin perjuicio de su aspecto positivo, esto es índice de una peligrosa desorganización del Frente, que orilla la descomposición si no se toman medidas inmediatas; 3) el éxito del grupo de Ferreira se debe a que era el más radicalmente opositor dentro de los *autorizados* (y por tanto en condiciones de captar el voto radical no autorizado: el de la izquierda); 4) si se lo propone, el Frente Amplio puede definir lo que pase en 1984, o sea, la transición; 5) hay que prevenir maniobras divisionistas: esto lo vincula Seregni explícitamente a maniobras del gobierno, pero es obvio que también puede trasladarse a las relaciones con el Partido Nacional, como lo sugiere él mismo en otras partes de su mensaje (existencia de dos posiciones en el Frente y desinteligencias luego de tomada la decisión de votar en blanco).

Resumiendo aún más vemos que tres de estos conceptos (3, 4 y 5) se refieren en forma directa a la necesidad de lograr una desproscripción del Frente y otros tres (2, 3 y 5) a los efectos erosivos que puede tener el ferreirismo respecto de las fuerzas de izquierda, lo que indicaría la oportunidad de tomar distancias. Como cierre flota la convicción de que, pese a lo difícil de la situación, la izquierda podría rescatar por un acto de voluntad, el papel de tercero en discordia, decisor en los momentos claves, que comenzó a ganar en 1971, cuando saltó abruptamente de un 5% a un 18% del electorado. El resto se desprende casi por sí sólo, aunque hubo que esperar un año y medio para que se hiciera evidente. Tanto el alejamiento respecto del Partido Nacional, como la búsqueda de la desproscripción, suponían un acercamiento en primer lugar con el Partido Colorado (quien por otra parte parece haber actuado con plena conciencia de la oportunidad y de su significado) y luego,mediando la intercesión de éste, con el propio gobierno militar. Esto daba también el tono moderado que tendría el pacto. Pero el sentido de la modernización tiene premisas más vastas, como veremos.

III

En suma, la búsqueda de una iniciativa autónoma por medio de la desproscripción del Frente Amplio y el alejamiento respecto del Partido Nacional son dos pilares en la estrategia de Seregni luego de reasumir la actividad política. El tercero es el de la moderación, que se verifica esencialmente en dos aspectos: la transición se realiza con mecanismos fijados por la dictadura, por más que esta contemple en ellos demandas de la oposición; no garantiza nada en materia de las reformas económicas y sociales que la izquierda y el Partido Nacional reivindican. El objetivo final parece ser la restauración de una constitución similar a la de 1967, que es lo que importantes grupos de la izquierda (aunque no toda) empezaron por negar en 1968.

El recurso a la moderación tiene varias perspectivas coincidentes. Se inscribe, en primer lugar, dentro de la tradición política uruguaya: entre 1886 y 1890 y entre 1938 y 1942, el país salió de otras dictaduras por un proceso de negociación entre el gobierno en funciones y la oposición. En segundo lugar, contiene una visión del enemigo (los militares) y su fuerza, sin duda discutible pero

que apunta a evitar una reacción desesperada de estos. En tercer lugar, tiene en consideración la existencia del centro político uruguayo, un bloque de fusión entre partidos tradicionales y su masa de apoyo, que ha sido en buena medida (y pese a las actitudes opositoras de dichos partidos) la base en que la dictadura encontró ciertos sostenes en estos años. Esta cultura política y electoral corresponde, entre otras cosas, a una pirámide de población cuyo envejecimiento pesa mucho en la reproducción y estabilidad de las opiniones y lealtades ideológicas y partidarias. Posee hábitos de convivencia pacífica y de militante defensa de las prácticas democráticas; por su conformación popular no se niega a las reformas; pero también se apega a un fuerte conservadurismo y al mantenimiento de la legalidad vigente. La historia de los Tupamaros, no obstante que ellos lograron un arrastre de masas nada despreciable, demostró la reticencia de esta gran mayoría a la violencia y a las propuestas de ruptura revolucionaria. La derecha, en cambio, jugó la carta retórica del mantenimiento del *statu-quo*, aún al precio del estado de excepción.

Seregni perteneció a este centro político, desempeñó en su nombre elevadas responsabilidades institucionales (militares) y comparte muchos de sus valores. No es errado pensar que lo tuvo siempre en cuenta en sus estrategias políticas, incluso en 1971-1973, cuando su posibilidad de determinar las orientaciones del Frente Amplio era menor que ahora. No por casualidad su candidatura en 1971 fue la cuña que permitió a la izquierda, por primera vez en muchos años, penetrar en ese bloque de sentido común y tradiciones políticas, monopolizado desde siempre por los partidos tradicionales.

En esto radica probablemente mucho de la fuerza que tuvo Seregni para arriesgar el prestigio de la izquierda en el pacto. Más precisamente, esta fuerza se afirmó en varios elementos. En primer lugar, en el prestigio personal de Seregni, engrandecido en el momento de su liberación, tanto dentro como fuera del Frente. En segundo lugar, en la masa de frenteamplistas sin partido, que sintomáticamente, desde la prisión, él identificó con aquellos más obedientes a las consignas de la dirección, pese a que, en tren de mera especulación, era igualmente sostenible la hipótesis contraria. Cabe agregar que en un momento de desorganización partidaria como el que reinaba al salir Seregni de la prisión, la masa de frentistas sin partido estaba además engrosada por la de los militares desvinculados en forma más o menos transitoria de sus organizaciones. En tercer lugar, la posible coincidencia de la voluntad pactista con un sentir más amplio de la población uruguaya más allá de las bases del Frente Amplio, parece confirmada por la actitud del propio Partido Nacional, que si de palabra condenó el pacto en forma categórica, en la práctica asumió conductas que implicaban su aceptación. Contra todo lo que había sostenido, decidió concurrir a elecciones en el marco fijado por el acuerdo; pese a haber definido la movilización de masas como el criterio principal de acción partidaria para este período, en los hechos no la promovió, ni antes ni después del pacto. Es lógico pensar que una y otra razón se deben al hecho cada vez más evidente de que el discurso ferreirista (quizás de exprofeso) lejos de mostrar, encubre realidades de este sector, como su incoherencia organizativa y la existencia en su seno de poderosos grupos conservadores.

Si el Partido Nacional no encontró la energía suficiente para oponerse a las fuerzas combinadas en el acuerdo, tampoco lo pudo hacer ninguna tendencia al interior del Frente, por lo que hay que pensar que en este caso la autoridad de Seregni se afirmó sobre la aquiescencia de unos y sobre el desconcierto y la desorganización de otros, lo que confirmaría la apreciación hecha por él mismo en su mensaje desde la prisión, acerca del estado de dispersión de los partidos de izquierda.

IV

La política ofensiva revolucionaria fue ensayada en Uruguay y fracasó, pero gracias entre otras cosas a su impulso, la izquierda en su conjunto creció, y ofreciendo un programa de realizaciones nacionales, quebró en las elecciones de 1971 al férreo bipartidismo uruguayo. La contraofensiva de la derecha también fracasó, en su intento de barrer a la izquierda del panorama nacional. Muy verosímilmente, los próximos comicios restaurarán el tripartidismo y el papel decisivo del Frente Amplio en las pugnas de fuerza entre las dos formaciones de la mayoría. Para que ello suceda el pacto ha jugado un papel muy impotante. Por ello, más que como un compromiso de la izquierda con los militares (que indudablemente también lo es) debe verse como fruto de una coincidencia estratégica con el Partido Colorado, el verdadero mediador en la negociación. Frente a la amenaza del nacionalismo y de Wilson Ferreira, el Partido

Colorado también se inclinó por el tripartidismo, pensando que este le dará el triunfo, y aún a sabiendas de que podría conmover algunas de las certidumbres sobre las que reposa el sentido común de la política uruguaya.

¿Cómo evaluar esta situación desde un ángulo de izquierda? La necesidad de lograr un acuerdo de transición en la situación presente y con la relación de fuerzas actuantes parecía natural. ¿Es este el mejor acuerdo posible y fue oportuno el momento elegido para realizarlo? Parece muy discutible la afirmación positiva. Pero ya afirmado, lo importante no es el pacto en sí sino qué hacer con él (cosa que no muchos parecieron comprender). Habiendo cumplido ante toda la nación un acto histórico de transigencia y disposición al diálogo, el Frente Amplio podía considerarse con la autoridad suficiente como para emprender una vasta campaña política (no solamente electoral) por la realización de las reformas sociales y económicas más urgentes, por la liberación de los presos políticos y el desmantelamiento de las instituciones de la dictadura. Sin duda todos estos temas han sido encarados, pero dentro de una tónica (especialmente por parte de Seregni) en que parece predominar la tibieza y el temor a los efectos de la movilización popular. Esto aproximaría a la izquierda en forma peligrosa a lo que ha sido la tónica de los partidos tradicionales (incluído el Nacional, pese a su verborrea radical). Un acercamiento inteligente al centro político era esencial en este momento tan delicado y más en el largo plazo para lograr modificaciones estructurales de la sociedad. Pero también encierra el riesgo de quedar atrapado en el marasmo que ha predominado en las últimas décadas en ese centro, en su oportunismo, su inclinación por el compromiso transitorio antes que por la política de largo alcance, su indefinición ideológica, su conformismo y pasividad.

Otro *ítem* a considerar es la forma vertical en que se llevó a cabo la resolución de avalar el pacto con el gobierno. Verticalismo de cúpulas partidarias, al que se superpuso el verticalismo del presidente del Frente Amplio. Si la circunstancia excepcional que se vivía puede en parte justificarlo, no es posible dejar de ver un temor a la consulta hacia abajo, que podría provocar una obstrucción o una negativa de aquello que la dirigencia prefiere. Toda estructura democrática debe combinarse con un sistema ágil de decisiones centralizadas, para poder funcionar con eficacia y

sobrevivir. Pero optar en las instancias críticas por una exclusión de la participación de la mayoría, no deja de ser una grave contradicción para una izquierda que se quiere democrática hacia dentro, no menos que hacia afuera. El tema merece una discusión, si se busca realmente trascender un elitismo directorial de abundantes antecedentes revolucionarios.

Los pleitos de tirios y troyanos, el clima de resentimiento y acusaciones mutuas que ha dejado el proceso de los últimos meses, empaña algo que sin embargo se afirma: la coincidencia de voluntades para desmilitarizar al Estado en Uruguay es casi unánime y tiene firmes soportes en la tradición política. Quedan por delante años azarosos y un deterioro económico que el país podrá muy difícilmente controlar. Los militares han conformado en un decenio un poderoso, unificado y prepotente grupo de presión, que incluso excluído de las funciones de gobierno, tratará de defender celosamente sus facultades ordinarias y extraordinarias de intervención. Junto a este, hay otro enigma: ¿cuál es exactamente el precio que pagará la izquierda por su participación en el proceso de desmilitarización tal como se está dando y se dará aún?

Una última reflexión sobre el destino del Partido Nacional y de su líder Ferreira Aldunate. Partido caudillista por excelencia, el Nacional no se reencontró a sí mismo luego de la muerte de Luis Alberto de Herrera (1959) sino hasta que surgió la figura de Ferreira, sin duda uno de los políticos más notables en la escena uruguaya del momento. Así, bajo la dictadura y en la transición, el partido hipotecó todas sus facultades, sus vicios y virtudes al líder. A falta de programa y estrategia precisos tuvo una personalidad carismática que agitar. A falta de organización y coherencia, tuvo maniobras conducidas por una personalidad astuta y huidiza, que ocasionalmente no titubeó en gastar el prestigio de fieles seguidores en aras de salvar el propio. Así, con Wilson Ferreira al frente, el partido es todo, sin él es mucho menos y a veces casi nada.

Es legítimo y revelador examinar el pacto también desde esta perspectiva. Como otros sistemas basados en la dispersión del poder, el uruguayo engendró en el pasado mecanismos dirigidos a abatir a aquel que se eleva demasiado. La desconfianza hacia el líder absorbente, el temor al hombre fuerte, fue una constante que limitó proyectos progresistas y conservadores, empujando a la política, a veces durante décadas, por los carriles de una consistente mediocridad.

¿No es sorprendente ver en acción este reflejo en una coyuntura tan especial como la presente, y en una reunión tan *sui generis* y transitoria como es esta de militares, colorados e izquierdistas, mientras predomina aún la más bárbara dictadura que el país haya padecido? No si pensamos que los militares han conservado religiosamente, en estos once años, el gusto por el colegiado y el rechazo a la personalidad fuerte y carismática, dentro del cuerpo de oficiales. No, si pensamos en general -y los estudios de historia y de sociología lo confirman- que es justamente en los momentos más críticos y excepcionales, cuando los hombres se vuelven instintivamente, no sólo hacia los fantasmas del pasado, sino también hacia sus prácticas y tradiciones más concretas■